desde julio 2023

El clásico en los pueblos

10.11.2026

Andrés Dunayevich



Siempre me cautivó cómo se viven los clásicos futbolísticos en los pueblos.

Cada vez que viajo a un pueblo me llama la atención la calidad de las canchas. Mientras más humilde, mejor es el césped. Calles de tierra arruinadas por la lluvia, pero llegas a la cancha y está impecable.

En estos pueblos pasan un montón de estas historias, me contó Gustavo. Paso a contarles. Resulta que la semana pasada estuve justamente en la localidad de Corralito, en Río Tercero. En un asado me contaron lo que sucedió en aquel famoso clásico con Atlético de Río Tercero allá por los años 80.

De los clubes de pueblos suelen salir grandes jugadores, pero los que quedan jugando son justamente una curiosa combinación entre 1) Los "viejos", promesas que no fueron o los que siempre fueron unos perros, pero aún conservan algunas mañas y 2) por otro

lado "los jóvenes" que están emergiendo pero que los "Viejos" tratan con desprecio para que no sobresalgan y se note lo que todo el mundo ya sabe.

La cuestión es que ese sábado, no era un partido cualquiera. Se trataba del Clásico del pueblo. Corralito Vs Atlético de Río Tercero. Todo el pueblo de Corralito fue a la cancha ese día. Llegaban las camionetas rancheras, gente a caballo y a pie. Eso es lo bueno que tienen los pueblos, que se mezclan todos juntos en una misma pasión. Las mujeres con los chicos, el mate, las tortillas y el vino en caja. Justamente este último parece que fue el principal problema de aquella recordada tarde.

Era un partido chivo como se dice. Un clásico que sería recordado durante todo el año. Pero lo que no se dice en este tipo de partidos pero que todo el mundo sabe es que el local siempre tiene un plus, un hándicap o unos puntos extras que el árbitro tiene que dar. Con lo cual para que el visitante gane, la balanza debe estar realmente muy inclinada y la diferencia en el juego debe ser abismal. Así y todo la gente va con expectativas a ver a su equipo jugar. Como ya se dijo Corralito era el local. La fiesta ya estaba preparada. No podían perder. El público enardecido.

Lo que sucedió aquella tarde fue inolvidable. Se imaginarán por dónde va la cosa. El partido no se abría, estaba muy trabado y el tiempo corría. Atlético de Río Tercero jugaba un poco mejor, pero el equipo de Corralito no se rendía a fuerza de patadas. El árbitro, el querido Don José y además dueño de la verdulería del pueblo tenía la difícil tarea de mantener un equilibrio muy delgado. Que no se note tanto su favoritismo. El atardecer caía, la muchachada ya estaba muy alcoholizada y José otorgó los últimos 5 minutos de juego rogando que terminara el partido de una buena vez. Todo el mundo acuerda que debió haberlo terminarlo en ese preciso instante, pero el destino así no lo quiso y el equipo local tuvo la mala fortuna que Marcos, un joven e insolente número 9 de Atlético de Río Tercero se metiera al área con desfachatez y fuera derribado "abusamente" por el defensor rival. El árbitro no la pensó dos veces e inconscientemente hizo sonar el silbato con toda seguridad. Cobró penal.

Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, faltando tan solo 1 minuto para que finalizara el partido se quiso esconder bajo la tierra. El estadio enmudeció. Don José miró hacia su alrededor y pensó en simular que el silbatazo había significado la finalización del partido, pero no tuvo tiempo, todo el equipo de Corralito se le vino encima. Carlos, el capitán histórico del equipo, compañero de colegio de José lo increpó: "¿Qué hiciste, Josecito, o acaso sos de ellos?". No tuvo tiempo de responder y se lo llevaron a los empujones hasta la línea lateral de la cancha. José no lo dudó y se dirigió hacia el vestuario, tomó su bolso y comenzó a correr hacia el portón de la cancha. En esa época no había alambrado en la cancha. Al darse vuelta vio como una

horda de alrededor de 20 inadaptados con palos y botellas lo seguían para reventarlo a trompadas. Por suerte José estaba en buena forma física y comenzó a correr por el campo por las calles de tierra. Corría por su vida. Los hermanos Matiece en muy mala forma física fueron los primeros en abandonar la persecución. Cuando se dio vuelta vio que quedaban ahora unos 10 desquiciados que los seguían como zombis. Corrió y corrió. La abrumadora barra brava enardecida y alcoholizada fue quedando en el camino. Al mirar de costado el árbitro pudo ver al loco Walter, uno de los peones de campo que solía estar borracho a toda hora, que seguramente no sabía por qué corría. Seguía al resto porque le habría parecido que regalaban algo o porque simplemente había que correr. La cuestión fue que Walter ya no dio más y se volvió refunfuñando.

Tanto corrió José que llegó a la frontera del Pueblo. Cuando volvió a mirar hacia atrás vio que solo lo seguía Carlos. Al final quedaron en la recta final Carlos y José, los dos compañeros de la infancia. Los dos amigos ya no daban más de cansancio. En ese momento José cayó en la cuenta de la situación. Carlos, sin duda un gran jugador de fútbol, pero no muy ducho con los puños, se detuvo y puso sus manos sobre las rodillas para recuperar el aliento y le dijo a José: no doy más. El referí se dio vuelta y lo esperó con las dos manos en guardia.

Quedaron los dos mano a mano. Se miraron a los ojos, Carlos quiso decirle que era una calentura del momento propio del partido, que no se enojara que eran amigos de toda la vida.

Hay un experimento científico que muestra como cuando dos animales se persiguen, no tiene que ver con quien es el más fuerte, es una cuestión de roles del que ataca primero.

Carlos levantó las manos en son de paz y cuando vió la furia de José en sus ojos. Entonces Carlos se dio la media vuelta y comenzó a correr nuevamente hacia el pueblo.

Como se dio vuelta la tortilla. Perseguido y perseguidor ahora se habían cambiado los roles.

Dicen que al final Carlos llegó primero al pueblo. Pero lo que nunca hay que olvidar en los pueblos es que, tarde o temprano, uno vuelve a la verdulería.

Años después, cuando alguien les preguntaba por aquella tarde, Carlos y José contaban la misma historia entre risas, cada uno con su propia versión.



#historiascamboyanas



Andrés Dunayevich

Contame-la →
